

EN MEMORIA DE ERNESTO SCHIEFELBEIN MI MAESTRO Y AMIGO

Por Bernardo Toro A.
Bogotá, enero de 2024

Conocí a Ernesto, en Santiago de Chile, en septiembre de 1971. Yo estaba haciendo un curso sobre Planeación Educativa que promovía el DEC (Departamento de Educación de CELAM). Era mi primer viaje al extranjero. El grupo de 40 personas proveníamos de diferentes países de América Latina (AL). Ernesto daría el módulo de Técnicas de Planeación. Entró, saludó, e inmediatamente comenzó a mostrarnos los datos y las estadísticas de la situación educativa de AL, que estaba organizando como consultor de Oficina Regional de la UNESCO para América Latina y el Caribe (Unesco-Orealc, establecida en Santiago en 1963). Me pareció fascinante ver los datos de los diferentes países y poder ubicar a Colombia, en términos educativos, dentro del continente. Y viendo cómo Ernesto exponía y analizaba los datos, recibí la primera gran enseñanza de Ernesto: él me enseñó a pensar la educación en términos latinoamericanos. Todos los que hemos conocido a Ernesto, sabemos que todo lo educativo lo pensaba y lo escribía en términos de las tendencias y significados de los grandes números comparados. Y siempre estaba escribiendo un artículo, no paraba de producir ideas y propuestas de solución a los grandes problemas educativos. Aprendí mucho leyendo sus artículos, que me enviaba para que le hiciera sugerencias. Esta disciplina de escritura la va a continuar después publicando, en el periódico La Tercera, sus análisis sobre el sistema educativo chileno: agudos y al punto.

En esa primera clase, Ernesto se convirtió para mí en un modelo a seguir. Desde entonces lo considero mi mentor. Esa mentoría se fue convirtiendo en una gran amistad, a través de las múltiples enseñanzas y apoyos que recibí de él, a lo largo de mi vida laboral y profesional. Es el Ernesto que yo conozco, el investigador de la educación, de alto nivel académico, riguroso e incansable; que me abrió y me apoyó para hacer realidad muchas de las ideas que tenía a los 27 años.

El desarrollo del módulo de Técnicas de Planeación era muy activo, con muchos ejercicios. En uno de esos ejercicios, Ernesto me vio muy dedicado a los detalles técnicos del ejercicio. Se detuvo al lado de mi pupitre y, desde su gran estatura, me miró y dijo: *“lo peor que le puede pasar a una organización es tener un planificador diligente”*. Quedé perplejo; le pregunté por qué me decía eso, y su respuesta me pareció y me parece genial: *“el planificador diligente puede llegar a pensar que puede meter la realidad dentro su modelo de planeación y creer que puede controlar la realidad desde el plan. Un buen planificador se pregunta, qué es lo que yo puedo poner y estructurar en la dinámica de la realidad para que la realidad lo tome, lo asimile y se transforme. Un planificador no puede cambiar la realidad, puede crear condiciones para que la realidad cambie, lo cual supone una profunda comprensión y análisis de contexto y sus dinámicas. Así surgen los buenos planes, y para un buen plan sirve cualquier técnica de planificación”*.

El curso en Santiago duraba casi 4 meses. Terminada la semana de Técnicas de Planeación, le solicité a Ernesto una entrevista para hacerle unas preguntas. Me la concedió indicándome que llegara a la hora del almuerzo a su oficina en Orealc. Ese día pude observar una de sus costumbres alimenticias fundamentales: el amor por el yogur. Cuando venía a Colombia, a consultorías con el Banco Mundial, en ocasiones se alojó en mi apartamento. Yo sabía que debíamos tener una importante reserva de yogur.

Era su alimento preferido. Se divertía mucho con mis hijos pequeños quienes siempre le conversaban imitando el acento chileno.

El tema de conversación, en esas primeras reuniones en Orealc, fue la Revista Educación Hoy, Perspectivas Latinoamericanas. A finales de 1970, se reunieron en Colombia, el Departamento de Educación del CELAM (DEC), la Conferencia Latinoamericana de Religiosos (CLAR) y la Confederación Interamericana de Educación Católica (CIEC); juntos fundaron la Asociación Educación Hoy con el propósito de crear un mecanismo de difusión y comunicación educativa para América Latina. Se acordó que el primer vehículo comunicativo sería una revista de educación. Yo fui seleccionado para diseñar y dirigir la revista a partir de enero de 1971. Era una revista trimestral y se pretendía que tuviera alcance en todos los países americanos, apoyándose en la red de colegios de la CIEC, muchos de ellos dirigidos por comunidades religiosas. Como se verá a continuación, en esta historia Ernesto va a jugar un papel decisivo.

La propuesta de la revista (su promesa de valor, como se dice hoy) era i) crear en español una literatura científica sobre educación; ii) una revista lo suficientemente rigurosa para que los mejores investigadores de América Latina quisieran publicar en ella; iii) con un trabajo editorial que facilitara la lectura a cualquier educador, sin perder la calidad científica del estudio; iv) una revista monográfica trimestral; v) con un sistema de financiación por suscripciones en toda América. El nombre registrado de la revista es: Educación Hoy, Perspectivas Latinoamericana, con sede en Bogotá.

En las conversaciones siguientes, tomando yogur en la sala de Orealc, Ernesto me fue mostrando que esa propuesta era posible si lográbamos identificar los mejores investigadores en los distintos países y los temas que estaban abordando en sus investigaciones. A Ernesto le pareció innovadora la propuesta y me ofreció colaborar para hacerla posible. Yo estaba lleno de alegría y de orgullo, poder contar con el apoyo de un investigador de la talla de él, para un sueño que sobre el papel parecía difícil de realizar. Aceptó formar parte de Consejo Internacional de la revista.

La estrategia operativa diseñada por Ernesto fue la siguiente: i) Yo hacía una propuesta de los temas monográficos que consideraba iban a influir en la educación en los años futuros; ii) Ernesto los analizaba y me indicaba los investigadores a contactar, especificando siempre en la carta de invitación que *“El Dr. Schiefelbein me ha dado su nombre y dirección y me ha indicado que Ud. es la persona más competente para escribir el artículo solicitado”*, incluyendo una breve descripción de las características de la revista y su consejo editorial; iv) autorización para poder editar el artículo, para facilitar su lectura.

Dirigí y edité la revista durante 11 años con el apoyo, orientación y compromiso de Ernesto. Con su nombre y prestigio se conformó una red de investigadores de alto nivel que buscaban enviar sus trabajos para ser publicados en español. Muchos de los mejores estudios de Ernesto y sus colegas en AL y USA están publicados en Educación Hoy. Algunos de ellos son clásicos de la literatura científica educativa.

Los encuentros y conversaciones con Ernesto ocurrían en los congresos, seminarios o reuniones que sobre investigación y reformas eran comunes en los años 70 y 80 (fueron dos décadas doradas para investigación y reformas educativas en AL). En alguna de esas conversaciones yo introduje la conversación sobre Escuela Nueva y se convirtió en uno de nuestros temas recurrentes. En una de esas conversaciones me contó que Sesame Street (Plaza Sésamo) y Escuela Nueva estaban consideradas como las 2 innovaciones más importantes del siglo XX. A raíz de esa observación comentábamos la dificultad que existe, en nuestros países, para definir el aprendizaje en trabajo en grupo cooperativo

como una política central. Yo no he podido entender cómo un enfoque pedagógico tan potente, nacido en Colombia, el país no lo tenga establecido como una característica de su modelo de aprendizaje a todos los niveles. En reuniones y congresos hacíamos coro para enfatizar sobre los modelos activos y cooperativos en el aprendizaje a todos los niveles y comentábamos cómo para Vietnam fue evidente adoptarlo.

Con proyectos e iniciativas compartidas como la de la revista, y otras muchas, nos fuimos volviendo amigos; pero siempre lo consideré mi maestro. Fuimos colegas en varias aventuras y proyectos innovadores. En ocasiones me alojé en su casa y conversábamos junto a María Clara, su esposa y compañera de toda la vida. A María Clara Schiefelbein y a sus hijos, están dedicadas estas líneas.